

TRANSFORMACIONES SOCIOPOLÍTICAS Y NUEVOS DASAFÍOS A LOS PARTIDOS DE LA DÉCADA DE LOS 90

EDUARDO SAFFIRIO SUÁREZ

ABOGADO, MAGISTER EN CIENCIA POLÍTICA, DOCTOR (C) EN FILOSOFÍA POLÍTICA,
PROFESOR INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA PONTIFICIA U. CATÓLICA DE CHILE

Dos comentarios generales previo a entrar de lleno en materia permitirán contextualizar el tema que nos ocupa.

El primero, para destacar que los anuncios sobre la crisis de "la forma partido" han sido históricamente recurrentes. Por ello, cuando hoy se habla de una crisis terminal de los partidos políticos seguramente se exagera. No olvidemos que, desde principios de siglo, la literatura es pródiga en los anuncios del inminente fin de los partidos como actores políticos relevantes.

Así, aunque efectivamente los cambios que las sociedades están experimentando desde hace dos décadas son tan vertiginosos que permiten dar fundamento a afirmaciones radicales como que el siglo XX sólo subsiste en el calendario, no parece probable que los partidos políticos desaparezcan como actores claves de las democracias.

Por lo demás, durante el siglo XX los partidos han debido enfrentar y adecuarse a cambios sociales radicales: crecimiento demográfico, desarrollo del conocimiento y de la tecnología, crisis económicas brutales, dos guerras mundiales, desplome de regímenes políticos democráticos, ampliación sustancial de los electorados (Bartolini, 1988).

El segundo comentario general es para destacar la debilidad histórica de los partidos políticos en la mayoría de nuestros países. Partidos y sistemas de partidos carentes de institucionalización son una constante en la mayoría de los sistemas políticos latinoamericanos (Mainwaring y Scully, 1996).

Obviamente, la discontinuidad democrática ha sido un factor que ha impedido dicha institucionalización. Sin embargo, la debilidad en la institucionalización de los partidos políticos no cambió tanto con la recuperación de la democracia en la región en la década de los '80.

En efecto, en paralelo (y muchas veces provocando el cambio político) nuestros países vivieron una severísima crisis económica. El costo de la crisis no lo pagó sólo el autoritarismo y el precio del ajuste estructural, en el fondo del asentamiento de las bases de un nuevo modelo de desarrollo, en casi todas partes recayó en los emergentes sistemas de partidos. A fines de la década

perdida y principios de los años 90, las democracias no sucumbieron, como se podría haber temido, pero sus instituciones se debilitaron (democracia delegativa/democracia de baja intensidad) y los sistemas de partidos no avanzaron en su institucionalización.

LOS DESAFÍOS DE HOY A LOS PARTIDOS POLÍTICOS

No obstante los comentarios anteriores que permiten contextualizar el debate, es evidente que los partidos hoy enfrentan desafíos nuevos y severos.

Primero, la política ya no es el centro ordenador de la vida social. Y no podrá serlo pues nuestras sociedades parecen no tener un centro, son sociedades crecientemente complejas producto de la diferenciación social y la autonomía funcional del derecho, la cultura, la economía y la religión. En términos de Von Beyme, no es que la política no importe, sino que ella ya no puede ser el centro natural de control de sociedades enteras (Von Beyme, 1994). Es de todo punto conveniente tomar conciencia de estos límites. Como es obvio en sociedades segmentadas y complejas se hace cada vez más difícil la función de agregación de intereses y su canalización y expresión en el sistema político.

Segundo, el auge de la economía abierta de mercado, que provoca incluso una importante pérdida del control nacional sobre aspectos relevantes de la política económica, constituyen hoy día datos duros que cualquier análisis político serio debe considerar. No hay modelos autárquicos de desarrollo y la viabilidad del crecimiento económico pasa por economías orientadas al mercado. Más allá del interesado discurso neoliberal y de quienes confunden economía orientada al mercado con capitalismo salvaje, hoy hacemos política en un escenario radicalmente distinto al de los años 50, 60 ó 70. Los manejos clientelares y prebendarios, posibles con un Estado fuerte, ya no son viables. Y ello provoca un golpe fuerte a estilos de acción política tradicionales en estos países.

Como también, la extensión de las fuerzas del mercado genera la impresión que la política no cuenta, aumenta el escepticismo, la desconfianza y la despolitización. Esto refuerza las tendencias de los partidos a oligarquizarse y ensimismarse, profundizando la crisis de representación.

Tercero, la otra cara del ensanchamiento de las fuerzas del mercado es el redimensionamiento del Estado. De ahí el repliegue de funciones, las nuevas formas de gestión, la descentralización de funciones y facultades, la reducción del aparato estatal. Como es obvio, el Estado tiene funciones insustituibles, una sociedad de mercado no es posible y si lo fuera sería invivible, pero la forma, la manera y los instrumentos de cumplir las tareas estatales son ahora diferentes y más complejos.

Desde otro ángulo, se ha señalado que hoy día el Estado se encuentra tensionado pues es muy pequeño para afrontar determinadas tareas y muy grande para desarrollar otras. Así, se producen cambios en la dimensión territorial de la política y ello obliga a los partidos a tener discursos a nivel global (medio ambiente, lucha contra las mafias), nacional (políticas contra la pobreza), regional (fomento y/o reconversión productiva), municipal (calidad de vida y servicios urbanos).

La complejización de los ámbitos en los cuales actuar ha debilitado la capacidad de interlocución de los partidos con los distintos actores sociales nacionales, regionales y

locales, robusteciendo la impresión ciudadana de que los partidos no están en los temas relevantes (“los que le importan a la gente”).

Cuarto, acompaña culturalmente a los cambios anteriores en nuestras sociedades una nueva tendencia al individualismo, a la privatización de la vida. A lo menos en esta etapa del ciclo público-privado se asiste a una cierta explosión de la subjetividad y la esfera de lo privado es vista por muchas personas como la única importante o decisiva para el desarrollo personal.

Además, como nuestras sociedades son hoy día relativamente más educadas e informadas, las exigencias sobre la política son mayores y la frustración frente a lo público más fáciles de provocar (Rüttgers, 1995).

Quinto, como hemos visto, en estas últimas décadas la sociedad ha cambiado y ello complica su representación y modifica las pautas para hacerlo. Los actores sociales son hoy día más débiles, están más atomizados, o simplemente son distintos. Se han producido cambios en la estratificación social, hay sectores sociales y zonas geográficas declinantes y otros emergentes. Las mismas capas medias, tan importantes en la política de nuestras sociedades, se segmentan en “nuevas” y “viejas” capas medias. De esta forma, nuevos conflictos se antepone ahora con antiguas líneas de conflictos. A los problemas de clase se suman las demandas de género, las culturales, las postmateriales, las regionales –identidad, reconversión o defensa de áreas productivas–, y las demandas de calidad de la vida urbana. Los factores anteriores explican, a lo menos en parte, el aumento de la volatilidad electoral y la disolución de los antiguos electorados fieles de los partidos. Además, la sociedad posee nuevos actores y mecanismos de participación que compiten con los partidos por su representación.

Sexto, el avance de los medios de comunicación ha generado nuevas pautas de comunicación, de convocatoria, de liderazgo, de construcción de opinión pública. El control de los medios de comunicación es hoy una enorme fuente de poder y ejerce un influjo, casi sin contrapeso, en el manejo de la opinión pública.

Hoy día se habla de un video-poder, de un hombre vidente manipulable y no reflexivo (Sartori, 1991). Su impacto, a nivel de los modelos de partidos, provocaría el tránsito desde el partido burocrático de masas al partido profesional electoral (Panebianco, 1990). Así, junto a otros efectos perversos, la influencia de los medios fomentaría el localismo, la banalización de la política, desincentivaría la participación, provocaría una pérdida de la calidad deliberativa de lo público, llevaría a la reaparición de formas oligárquicas de organización partidaria e informalizaría a la política (Perelli, 1995).

Séptimo, la complejidad de los problemas sociales y las exigencias de mayor eficacia en el diseño e implementación de las políticas públicas, provocan un fuerte giro hacia la toma de decisiones y estilos de gestión tecnocráticos. Dicha tendencia conlleva una nueva forma de elitismo: la toma de decisiones se percibe como algo que incluye sólo a los que saben, a los especialistas, rompiendo así la lógica de la representatividad. La autoridad del tecnócrata fluye de su saber y no de su condición de vocero, de articulador de los ideales e intereses de los actores sociales.

Por todas las razones anteriores, la complejización de los problemas políticos y de las políticas públicas obliga a los partidos a una difícil tarea: tecnificarse sin tecnocratizarse y dejar de representar a la gente común.

Superar ese dilema es urgente pues, de lo contrario, la brecha entre política y técnica seguirá profundizándose. Obviamente, la tecnificación de la política partidaria y la capacidad de respuesta en los distintos ámbitos del sistema político, obliga a afrontar el tema del financiamiento público de campañas electorales y de funcionamiento ordinario de los partidos.

Octavo, dadas las nuevas estructuras económicas en muchos lugares, el empresariado está jugando un rol sustitutivo de la acción colectiva, desplazando a las élites políticas tradicionales de la vida política del país. El enorme poder de los empresarios imbricados muchas veces con los medios de comunicación social no encuentra contrapeso en la sociedad civil ni en los partidos, lo que facilita la aparición de "outsiders" y nuevos caudillos.

Ello puede dar legitimidad a un neopopulismo nefasto para la vigencia de democracias sólidas y estables (Rial, 1995).

Noveno, el retroceso de lo que fue en el pasado una de las "patologías" de la democracia, el ideologismo, ha dejado paso a otra que también presenta problemas para la calidad democrática. Nos referimos al pragmatismo ramplón. La "inflación" ideológica es difícilmente compatible con la democracia (Sartori, 1992), pero la pérdida de ideales y de ideas facilita el desarrollo de fenómenos de corrupción. A lo anterior se une la presencia de un cierto escepticismo nihilista, que se justifica como postmoderno, pero que tiene como efecto práctico provocar una pérdida de ideas e ideales, que priva a la política de un mínimo sentido finalista.

De igual modo, tras el fracaso de los socialismos reales, un énfasis excesivo en la política de los consensos profundiza la crisis de identidad de los partidos. Con ello aumenta la apatía militante, la desafección y la desconfianza ciudadana ("son todos iguales, da lo mismo por quién se vota").

ALGUNAS LÍNEAS DE TRABAJO PARA ENFRENTAR LOS CAMBIOS

Dada la magnitud de los cambios en curso, parece claro que la pérdida de calidad de la política, la desafección de las masas ciudadanas y el desprecio de las distintas élites nacionales por la política de partidos seguirán en aumento si no se actúa rápido.

La tarea es entonces reformar a los partidos. Necesitamos mejores partidos para una mejor democracia.

La reforma parece requerir lo siguiente:

- La generación de "estados de derecho" internos. Los padrones de militantes, las fechas de renovación de autoridades, los derechos de los militantes, el conocimiento del financiamiento, entre otros temas, deben ser normados estrictamente y, sobre todo, respetados rigurosamente. Cientistas políticos del PNUD han propuesto incluso el establecimiento de una Superintendencia de Partidos para asegurar transparencia, democracia interna y respeto a las normas jurídicas partidarias.
- El realismo más elemental (y no un idealismo romántico) obliga a reponer el tema de los incentivos colectivos, como el proyecto político-programático, el ethos interno ami-

gible y la confianza mutua. En suma, se requiere una concepción de la política que vaya más allá de la pura lucha por el poder del partido y del Estado, a fin de potenciar la imagen y la fuerza orgánica de las organizaciones partidarias. Si la situación de descomposición orgánica que hoy día presenciarnos en muchos de nuestros países continúa, la política partidaria –más allá de esporádicos momentos electorales– terminará por transformarse en baladí e irrelevante.

- Un planteamiento serio en torno al tema de la generación de los candidatos a elecciones populares. Lo que hoy día existe en muchos de los partidos es una pseudodemocracia, pues en las internas participan cuerpos electorales reducidos, de militantes muchas veces empobrecidos, que son objeto de manejos clientelares primitivos y burdos. Los candidatos a concejales, alcaldes y parlamentarios debieran ser elegidos por grupos significativos de ciudadanos que sean adherentes del partido de que se trate. Sólo así podremos hablar en serio de democracia interna y de representatividad.
- La existencia de un sistema proporcional de listas abiertas que posibilite una multiplicidad de candidatos de cada partido en todas y cada una de las zonas electorales, debiera mejorar la calidad de los elegidos y, también, el reclutamiento político. De igual modo, para facilitar la circulación de las elites, sería conveniente poner un límite al número de mandatos y establecer la prohibición de acumulación de cargos.
- La urgencia de abordar a la brevedad el tema de financiamiento público de los partidos. La situación actual no debería seguir, es un secreto a voces la creciente influencia de los grupos económicos en los partidos y en muchos de sus cuadros dirigentes. El financiamiento público debiera estar afecto al desarrollo de determinadas tareas: educación cívica de ciudadanos y adherentes; formación y capacitación militante; provisión de servicios de asesoría a dirigentes internos y representantes populares en los distintos niveles del sistema político; generación de plataformas programáticas y propuestas de política pública. Obviamente se debería poner un límite al empleo de recursos económicos en el pago de personal permanente y burocracias internas, a fin de reducir riesgos de oligarquización.
- Por último, en una cultura que valora lo ligero, lo horizontal, lo temático, el modelo orgánico de nuestros viejos partidos de militantes sectarios, manipuladores de los ciudadanos y de los temas, autorreferentes y nostálgicos, no tiene ninguna capacidad de convocar nuevos cuadros, que expresen al mundo joven, al mundo de las iglesias, al mundo de la cultura, al mundo del trabajo y de la empresa.

Habría que pensar en partidos de adherentes, movimientistas, que convoquen a los ciudadanos en función de contenidos temáticos –ecología, género, cultura– y que, en ambientes internos renovados y amigables inviten a los segmentos más activos de la sociedad a una nueva tarea de promoción humana, como en otros momentos de nuestra historia, consiguieron hacer los grandes partidos políticos latinoamericanos.

Como se ve, la complejidad de la tarea es enorme; sin embargo, parece necesario comenzar por destacar que, en asociaciones voluntarias, como los partidos políticos, los viejos intangibles de la amistad cívica, de la confianza mutua y del proyecto común, se han demostrado como insustituibles frente al poder desnudo de un Estado y de una política partidista que, de seguir las cosas como van, quedará día a día más desprovista de poder, prestigio y estatus.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

BARTOLINI, STEFANO (1988). "Partidos y sistemas de partidos". En: Pasquino, Gianfranco y otros. **Manual de Ciencia Política**. Alianza Universidad. Madrid.

VON BEYME, KLAUS (1994). **Teoría política del siglo XX. De la Modernidad a la Postmodernidad**. Alianza Universidad. Madrid.

MAINWARING, SCOTT Y SCULLY, TIMOTHY (editores) (1996). **La Construcción de Instituciones Democráticas. Sistemas de partidos en América Latina**. CIEPLAN. Santiago de Chile.

PANEBIANCO, ANGELO (1990). **Modelos de partidos**. Alianza Universidad. Madrid.

PERELLI, CARINA (1995). "La personalización de la política, nuevos caudillos, "outsider", política mediática y política informal". En: Perelli, Carina y otros. **Partidos y clase política en América Latina en los 90**. IIDH - CAPEL. San José de Costa Rica.

RIAL, JUAN (1995) "Los partidos políticos en América del Sur en la primera mitad de los años noventa". En: Perelli, Carina y otros. **Partidos y clase política en América Latina en los 90**. IIDH - CAPEL. San José de Costa Rica.

RÜTTGERS, JÜRGEN (1995). "Los nuevos límites de la política. La necesidad de una autorrestricción por parte de los partidos políticos". En: Thesing, Josef y Hofmaister, Wihhem (editores). **Partidos Políticos en la Democracia**. CIEDLA. Buenos Aires.

SARTORI, GIOVANNI (1991). "Video Poder". En: **Revista de Ciencia Política. Volumen XIII, N° 1 - 2**. Instituto de Ciencia Política, Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

SARTORI, GIOVANNI (1992). **Partidos y Sistemas de Partidos**. Alianza Universidad. Madrid.